

LECCIONES EN TORNO A LAS RESERVAS DEL COMANDANTE

Segunda de dos partes

Por

Jorge A. Sanguinety

Lo insólito de “las reservas del comandante” no es que Fidel Castro maneje los recursos financieros del país como si fueran propios, sin rendirle cuentas a nadie. Eso es sólo la mitad de lo insólito. La otra mitad es que los cubanos se lo permitieron. Nos asombramos que Fidel Castro tenga el poder que tiene y si posee tantos o más cuantos dólares en cuentas secretas, pero no nos asombramos todavía cómo Cuba le permitió a un canalla de semejante calaña convertirse en el dueño del país mediante un movimiento que disfrazó de revolución patriótica, humanista, nacionalista, benefactora y socialista y traicionó cada una de esas características y sus defensores, burlándose de los cubanos y de muchos otros. Nos vienen a la mente las sabias palabras del titán de la literatura inglesa del Siglo XVIII Samuel Johnson al proponer que “el patriotismo es el último refugio de los sinvergüenzas”.

Parte de la explicación de este lado de la ecuación de lo insólito es que Castro puso en práctica sus extraordinarios talentos para engañar a una masa crítica de cubanos. En este aspecto Castro desarrolló la mentira a nivel de tecnología y se valió precisamente de sus dotes de gran actor (esto no es una metáfora, sino una proposición concreta y deliberada) para presentarle a los cubanos y al resto del mundo una imagen de héroe épico con aires de Mesías. Es por eso que ahora se preocupa, como se preocupó en 1997, del daño que las informaciones sobre las reservas del comandante le puede hacer a su fantasmagórica credibilidad. Nadie como Fidel Castro comprende que la base de su poder es eminentemente psicológica: hacerle creer a otros lo que él no es, a través de la creación y manipulación de múltiples imágenes. Desde que estaba en la Sierra Maestra construyendo la imagen del “guerrillero heroico” (cuando Cuba estaba hambrienta de héroes), Fidel Castro utiliza todos los recursos a su disposición para venderle al cubano primero y a una parte del mundo después la figura de un hombre capaz de sacrificarse por su pueblo y por unos ideales superiores.

Pero no hay una sola imagen de Fidel Castro sino muchas y todas se refuerzan mutuamente. La imagen de guerrillero heroico en sí misma es una colección de imágenes que incluye la de un ser desprendido, patriota, valiente, intrépido y hasta romántico, que viaja en un tanque de guerra dejando ver los destellos de escapularios y rosarios que impresionarían a millones. Cuando se baja del tanque, el actor se nos presenta con otra colección de imágenes, como un gran estadista, político sagaz, conocedor de la historia y preocupado por los destinos de su pueblo. No pasó mucho tiempo sin que florecieran otras imágenes como la de internacionalista, pensador profundo y filósofo, al mismo tiempo que soldado de proyecciones alejandrinas, espartanas y napoleónicas, capaz de alcanzar y comprender la esotérica del socialismo científico y del marxismo-leninismo.

En este desfile imaginario pueden distinguirse otras imágenes que surgieron esporádicamente, según las circunstancias, como la de agricultor y ganadero, conocedor de la economía y las finanzas, científico y, recientemente, capaz de reinventar el sistema de generación y distribución eléctrica del país. Su momento cazuelero y arrocerero fue una licencia que Castro tomó para demostrarle a los cubanos que en medio del genio tan maravilloso que hay en él, hay un ser simpático capaz de relacionarse con las necesidades de su pueblo y descender del Olimpo hasta las cocinas depauperadas de sus conciudadanos.

Esta colección de imágenes, cuidadosamente desarrolladas y mantenidas como ricas piezas de museo, es lo que le permitió a Fidel Castro diferenciarse radicalmente de los típicos sátrapas latinoamericanos. La imagen de muchos de ellos usando los espejuelos calobares y las ridículas gorras militares fue quebrada por Castro con la imagen del guerrillero heroico. Castro era distinto y, por irracional extensión, tenía que ser distinto en todo lo demás. Así hasta sus más encarnizados enemigos no se atrevieron a igualarlo a los otros dictadores, especialmente en las áreas de la corrupción y del lucro. Pero es aquí donde los testimonios de Marzo Fernández descubren la verdadera imagen y naturaleza del dictador, como flechazo en talón de Aquiles. Se desvanece la imagen épica y aparece la del dictadorzuelo ladrón. La verdadera diferencia entre Castro y aquellos otros dictadores está en la ropa. Es por eso que aborrece los informes sobre los dineros que él maneja. Él comprende que si estos informes se plantan en las mentes de los cubanos y de otros que lo admiran, surge una imagen que no sólo neutraliza sino que destruye todas las demás. ¿Cómo es posible que el campeón de la lucha contra la pobreza se haya convertido en la persona más rica del país? ¿Cómo es posible que el portaestandarte de la guerra contra el capitalismo sea uno de los capitalistas más ricos del mundo? ¿Cómo es posible que mientras los cubanos se hundan en la indigencia, el héroe máximo acumula una fortuna que es reconocida por una de las revistas del capitalismo? No cabe duda que Castro está preocupado y herido por la trastada que, casi sin querer, le jugó Forbes primero y que unos cubanos alertas y conocedores como Jesús Marzo Fernández y María Cañizares Werlau se encargaron de explicarle al mundo después.

San Salvador, 1ro de junio de 2006